

ISLAM Y OCCIDENTE, ¿UN CHOQUE DE CIVILIZACIONES?

MANUEL RUIZ FIGUEROA
El Colegio de México

UN PARADIGMA, nos dice Samuel Huntington¹ citando a Thomas Kuhn, es una teoría que explica mejor que sus competidoras un determinado conjunto de hechos, aunque no es necesario —y eso nunca sucede— que los explique todos. Los paradigmas son un requisito para el avance científico, ya que ordenan y estructuran la realidad, que sin ellos sería confusa o simplista.

A falta de un consenso para designar la nueva realidad surgida a raíz del desmoronamiento de la Unión Soviética, el nombre más común fue simplemente el de la era de la “posguerra fría”. Cuál va a ser la característica fundamental del nuevo periodo es la pregunta a la que se trata de responder, proponiendo nuevos paradigmas que nos expliquen las nuevas relaciones internacionales.

Antes del paradigma de Huntington, las predicciones para la nueva era de la posguerra fría no eran muy alentadoras. De un conflicto bipolar se pasó a un conflicto multipolar, que más que militar o político es predominantemente económico, entre tres grandes bloques: la unión americana, la unión europea y algún tipo de confederación de países asiáticos. Este paradigma tiene aún defensores convencidos,² y no podemos dudar de que el aspecto económico tendrá un papel importante en las nuevas relaciones internacionales y entre los grandes blo-

¹ Samuel Huntington, “If not Civilizations, What?”, *Foreign Affairs*, vol. 72, núm. 5, nov.-dic., 1993, pp. 183-194.

² Pedro Brieger, en su artículo “¿Cómo serán las guerras del siglo XXI?” (artículo enviado por correo electrónico), se explaya bastante sobre este punto, señalando las razones aducidas por varios especialistas.

ques regionales que se están gestando. De ahí que estas guerras económicas sean previsibles, aunque, en la opinión de Huntington, no serán centrales.

Otras opiniones no descartan la continuación de nuevas guerras frías entre Occidente y Rusia, o entre los rusos y China más otros países de ideología socialista. Hay quienes piensan que la nueva era, como reacción a la tendencia globalizante, estará marcada por una mayor relevancia de lo étnico y, consecuentemente, por guerras étnicas del tipo de la antigua Yugoslavia o de la ex Unión Soviética.

Otros analistas piensan que la característica fundamental del futuro serán las guerras religiosas. A nadie se le escapa que el surgimiento de fundamentalismos en varias religiones podría ser una amenaza para la estabilidad del orden internacional. Más que nada, se augura una confrontación entre Occidente y el islam. La presentación que los medios masivos de comunicación hacen del islam como una religión militante, violenta e intransigente, la transforma en el enemigo por excelencia de Occidente y sus valores.

Dentro de este contexto hizo su aparición la teoría de Huntington, que toma en cuenta las interpretaciones anteriores y las integra en un paradigma más amplio, el de las civilizaciones, el cual explica mejor que sus competidores las relaciones internacionales de la nueva era y, desde luego, las guerras étnicas y las religiosas más que los conflictos económicos. Por otra parte, no todos los conflictos étnicos o religiosos actuales se dan *entre* civilizaciones, algunos se producen *dentro* de una misma civilización. Pero, como ya se advirtió antes, no es necesario que un paradigma lo explique todo.

Me parece, sin embargo, que deben hacerse ciertas observaciones al paradigma de Huntington, ya sea para minimizar algunas de sus presuposiciones como para ampliar otras, o incluir aspectos que este autor no ha considerado. Muchas de estas observaciones ya han sido señaladas en las diferentes críticas que se le han hecho al famoso artículo de S. Huntington, "The Clash of Civilizations?"³

³ Samuel Huntington, *Foreign Affairs*, vol. 72, núm. 3, verano de 1993, pp. 22-49.

Lo primero que se advierte, y no sólo en Huntington, es un pesimismo respecto del futuro. Los conflictos, sean de una naturaleza o de otra, aparecen como ineludibles; estarán presentes ya sean motivados por la economía, la religión o las civilizaciones. En relación con la teoría de Huntington, no se aduce alguna razón convincente para pensar que las divergencias de tipo civilizatorio deban llevar necesariamente al conflicto, o que no existan los medios eficaces para impedirlo o solucionarlo a tiempo. Este pesimismo es en gran medida herencia de la guerra fría. Se pueden advertir en Huntington muchas de las mismas actitudes propias de ese periodo; por ejemplo, entre las recomendaciones que le sugiere a Occidente para defenderse del “resto” del mundo, está la de mantener la superioridad militar y promover conflictos y divisiones internas para debilitar a los adversarios.⁴ Estas medidas indican que el concepto subyacente de civilización es el de una especie de “super-estado, motivado por los mismos imperativos de inseguridad y autoengrandecimiento”,⁵ exactamente lo que promovían las ideologías del periodo anterior. Estaríamos de nuevo ante una continua “lucha por el poder” y una “coexistencia pacífica” semejante a la de la “guerra fría”.

Las civilizaciones han existido por siglos o milenios, son incluso anteriores a los Estados nacionales y a las ideologías, y no se han caracterizado por un continuo enfrentamiento entre ellas. Se podría, por otra parte, discutir la misma división que hace Huntington de siete u ocho civilizaciones actuales. Varios autores han cuestionado que la eslava-ortodoxa y la latinoamericana no sean parte de la civilización occidental.⁶

En todo caso, las divergencias entre civilizaciones no significan automáticamente conflicto entre ellas, como el mismo Huntington lo reconoce, aunque no profundiza más sobre el punto. Así, por un lado, tenemos que la razón de un posible

⁴ Véase, en especial, Richard E. Rubenstein y Jarle Crocker, “Challenging Huntington”, *Foreign Policy*, núm. 96, otoño 1994, pp. 113-128.

⁵ *Idem*.

⁶ Jeane J. Kirkpatrick y otros, “The Modernizing Imperative”, *Foreign Affairs*, vol. 72, núm. 5, nov.-dic. 1993, pp. 22-26.

conflicto se debe a que las civilizaciones encarnan valores morales y políticos incompatibles y, por el otro, se debe hacer la pregunta de por qué valores contrarios y opuestos deberían conducir, tarde o temprano, a un conflicto.

Asimismo, es necesario preguntarse por qué ni las divergencias entre los Estados ni las razones económicas ni las ideologías serán la principal fuente de conflicto, cediéndole ese papel a los valores culturales. ¿Qué pueden tener *ahora* los valores culturales que los hagan más agresivos que los intereses económicos y las ideologías?

La respuesta no se va a encontrar dentro de las civilizaciones mismas, debe buscarse en factores externos que interfieran y provoquen una reacción a la altura de la acción. Lo que en realidad estamos buscando es el factor que hace que el conflicto pase de su estado de ser posible al de ser probable y real. Y si ese factor fuera interno, viviríamos y habríamos vivido en un permanente estado de conflicto, lo cual no es verdad.

Lo que buscamos es, primero, el factor o los factores que convierten un conflicto potencial en real, y segundo, si las civilizaciones serán o no la raíz o la fuente de los conflictos internacionales del futuro próximo, concretamente, dentro de la visión de Huntington, entre Occidente y una agrupación civilizatoria islámico-confuciana.

Los expertos sostienen que los conflictos sociales se generan, no tanto por la agresividad del individuo o por la ausencia o el menosprecio de un orden internacional, sino por la ineficacia de los sistemas existentes para dar solución a lo que dichos expertos llaman *las necesidades humanas básicas*.⁷ Como ejemplos de esas necesidades básicas se citan la identidad, la seguridad, la vinculación y el desarrollo. Estas necesidades, de manera similar a lo que sucede con los valores culturales, y a diferencia de lo que acontece con los intereses materiales, no son negociables. Nadie renuncia a su identidad o a su fe ni por dinero ni bajo amenazas. Pero contrariamente a los valores, esas necesidades no se restringen a ciertos grupos o culturas,

⁷ John Burton (comp.), *Conflict: Basic Human Needs*, Nueva York, St. Martin's Press, 1990, citado por R. Rubenstein, art. cit., p. 125.

sino que son universales, comunes a todos los seres humanos independientemente de su civilización.

Otra característica de estas necesidades básicas es que deben ser satisfechas a toda costa. Ni medidas impuestas por la fuerza ni la persuasión razonada son suficientes para que alguien renuncie a ellas. La única forma de solucionar o prevenir un conflicto es su satisfacción, no hay otra alternativa. En la opinión de los estudiosos, el verdadero problema que obstaculiza la solución de un conflicto no es tanto la ausencia de satisfactores apropiados, cuanto la poca o nula disposición de las élites para llevar a cabo los cambios estructurales necesarios.

Cuando tales necesidades básicas quedan insatisfechas, todo es válido y no es de extrañar que se utilice cualquier medio que parezca conducir a su satisfacción: las pandillas callejeras, la guerra de guerrillas, las organizaciones secretas terroristas, los Estados o una entidad supra o multinacional, como pueden ser las civilizaciones. Esta teoría puede explicar el surgimiento de grupos militantes, como el llamado “fundamentalismo” islámico, cuyo uso de la violencia se justifica en términos religiosos. La construcción de una ideología religiosa consiste simplemente en hacer uso de la religión para fines que, por legítimos que sean, no son religiosos. En este caso, su papel es llenar un vacío ideológico que le dé legitimidad al uso de la violencia para satisfacer las necesidades básicas del ser humano que se ven amenazadas, ya sea porque se encuentren pisoteadas o simplemente insatisfechas.

Desde esta perspectiva, juzgar y acusar al islam de ser una religión que promueve la violencia sería confundir la relación entre los medios y los fines. Primero habría que responder con honestidad la pregunta de cuál es la verdadera finalidad que persiguen los grupos militantes islámicos. Se puede aseverar que tal como ellos expresamente lo anuncian es la creación de un Estado islámico. Sin embargo, ese Estado es simplemente el instrumento y el medio que esos grupos juzgan como el adecuado para la satisfacción de sus necesidades básicas.

Si el islam fuera efectivamente una religión que promueve la violencia, podríamos suponer que todos o la mayoría de los musulmanes serían siempre, o la mayor parte del tiempo, vio-

lentos, cosa que no sucede. Los grupos que optan por el uso de la violencia han sido y son una minoría. La mayoría de los musulmanes se comporta como lo hace la mayoría de los creyentes de otras religiones, igual que los cristianos o budistas o hindúes; es decir, rechazando la violencia y propiciando una coexistencia armoniosa.

Siguiendo este razonamiento, llegamos a varias conclusiones: primero, que ni las diferencias entre las creencias religiosas ni la existencia de valores culturales irreconciliables u opuestos entre las civilizaciones llevan inevitablemente a un conflicto; segundo, que las religiones y las civilizaciones, como las pandillas o los Estados, son el medio idóneo para canalizar el conflicto y darle satisfacción a su verdadera causa: las necesidades básicas insatisfechas.

El siguiente paso es preguntarse cuáles son las razones que llevan a creer que las civilizaciones serán el conducto o medio de canalizar los conflictos internacionales del futuro o, dicho de otra manera, por qué S. Huntington piensa que ya las civilizaciones se ven como el medio más adecuado y se seguirán viendo como tales en el futuro.

En su concepción del moderno orden internacional, Huntington parte de lo particular a lo general. Los conflictos internacionales empezaron con las guerras entre príncipes, durante siglo y medio, a partir del Tratado de Westfalia (1648). En seguida fueron los recién surgidos Estados-nación los que configuraron los conflictos hasta la revolución rusa de 1917. A partir de entonces empieza la guerra de las ideologías que agrupan no a un Estado sino a un bloque de Estados.

La siguiente fase será también de conflictos entre bloques de Estados, ya no partidarios de una ideología, sino de una civilización. Aunque se haya cuestionado si realmente existe una diferencia sustantiva entre la ideología y la civilización, considero que sí la hay. A riesgo de simplificar las cosas, pienso que se debe aceptar una diferencia fundamental entre ambas. Una civilización no es una simple ideología, sino el conjunto de creencias y valores que forman la propia identidad; en este sentido es más difícil desecharla y cambiarla por una nueva. En todo caso, las mayorías no suelen hacerlo.

Huntington aduce seis razones. La primera es que las di-

ferencias entre las civilizaciones no son sólo reales sino básicas,⁸ por su historia, lengua, cultura, tradición y, sobre todo, su religión; son el producto de siglos, y más profundas que las que se dan entre las ideologías políticas y los regímenes políticos. Huntington agrega que las diferencias no necesariamente significan conflicto ni los conflictos necesariamente violencia, pero que han provocado en la historia algunos de los conflictos más prolongados y violentos. La segunda es que el mundo se vuelve cada vez más pequeño y que la interacción entre individuos de diferentes civilizaciones crea o agudiza la conciencia de la propia civilización-identidad. La tercera es que los procesos de modernización económica y cambio social debilitan a la nación-estado como fuente de identidad, y ese vacío suele ser llenado por las religiones. La cuarta es el papel dominante de Occidente que provoca una reacción de autoconciencia de la propia civilización y el deseo de configurar un mundo de manera no occidental. Se genera así un proceso de desoccidentalización. La quinta es que las diferencias y características culturales son menos permeables al cambio, y, por ende, menos fáciles de negociar y resolver que las económicas y políticas. Finalmente, la sexta es que el auge del regionalismo económico y de la formación de grupos regionales de cooperación económica incrementa la conciencia de pertenencia a una civilización.

Qué decir de estas razones. En primer lugar, que la primera y quinta razones se podrían unir; pero curiosamente, hay quienes piensan exactamente lo contrario. Rubenstein y Crocker⁹ plantean que en la historia son más frecuentes los fenómenos de tolerancia, reagrupamiento, acomodo, mezcla y formación de nuevas entidades entre grupos culturales diferentes, que los conflictos entre ellos. Asimismo, estos autores consideran que las luchas entre las clases sociales y por el poder pueden ser muy difíciles de resolver, mientras que los conflictos originados sólo y primariamente por diferencias culturales son más fáciles de solucionar.

⁸ Samuel Huntington, "The Clash...", pp. 25 y ss. No pienso que Huntington use el adjetivo *basic* en el sentido que lo emplean los expertos en conflictos, como algo vital para la sobrevivencia, sino en el sentido de esencial o fundamental.

⁹ Richard Rubenstein y Jarle Crocker, art. cit., p. 127.

Dejando de lado la apreciación personal acerca de la historia que uno pueda tener, el hecho de inclinarse por una u otra opinión dependerá de qué tanto se considere que los valores culturales son permeables al cambio o son inmutables. ¿Son realmente eternos y no se han modificado absolutamente para nada con el correr del tiempo, o son creaciones humanas dependientes de condiciones históricas concretas que pueden adaptarse a nuevos contextos sociales, políticos y económicos?

Tal vez una de las leyes fundamentales e ineludibles tanto del individuo como de la sociedad, sea la ley del cambio. Todo está en continua mutación, aunque no se quiera admitir. Pocos podrán pensar que el islam del tiempo del profeta es realmente el mismo que el islam de hoy. Precisamente, lo que quieren los llamados fundamentalismos es purificar el islam de hoy, supuestamente contaminado por elementos ajenos, y regresarlo a la simplicidad de sus orígenes. Ellos admiten que el islam ha cambiado y quieren des-cambiarlo.

Algunas religiones sostienen que por ser reveladas poseen elementos eternos e inmutables. El Corán no sólo contiene la palabra eterna de Dios, sino que *es* esa palabra, y no se le debe alterar en lo más mínimo; así ha permanecido hasta hoy, al igual que las creencias fundamentales del islam: hay un solo Dios y Muhammad es su enviado; hay que creer en los profetas, en los ángeles, etc. A pesar de no haber en el islam una autoridad dogmática, estas creencias fundamentales han permanecido inalterables; sin embargo, su explicación teológica es diferente, pues no existe una interpretación única.

No obstante lo anterior, hay corrientes dentro del islam, como la del misticismo (sufismo), que sí se han atrevido en cierta forma a modificar el credo fundamental del islam al pretender que el hombre pueda llegar a una identificación con el único Dios.

Si pasamos al campo de la acción y de la práctica, encontraremos que los cambios a través del tiempo son múltiples y se adecuan a las condiciones históricas de cada época, en aspectos sociales, familiares, políticos y económicos. Tomemos, por ejemplo, la posición de la mujer dentro del islam, por ser éste un tema que en varios aspectos es legislado por el Corán.

No obstante dicha legislación, la mujer musulmana de hoy —use el velo o no— que sale a la calle de compras o al parque con los niños, que participa en manifestaciones políticas, que va a una universidad mixta y trabaja fuera de su casa, no es —como dice Rubenstein— ni la mujer “emancipada” occidental ni la mujer recluida de la tradición islámica. Se pueden ver en *Internet* los anuncios de conferencias y mesas redondas, cuyo tema a debatir es el papel de la mujer islámica en el mundo de hoy. Incluso en los mismos círculos fundamentalistas se discute este tema.

Un ejemplo de cambio en el campo político sería el Estado islámico creado por el Ayatola R. Jomeini, que él denominó con el término occidental de *República*, y que tiene un parlamento elegido por votación individual y secreta, prácticas que también son occidentales.

Los cambios en los valores culturales y religiosos, sobre todo en sus aspectos prácticos, son frecuentes e inevitables, aunque puedan ser más lentos que el cambio que se da en otro tipo de valores, y aunque encontrarles una justificación o legitimación ideológica o religiosa suela llevarse más tiempo. Con esto, a mi juicio, se puede invalidar el supuesto de que es más fácil que el conflicto se produzca entre civilizaciones que por causa de divergencias de tipo económico o político. Lo que no se invalida, en cambio, es el hecho de que las civilizaciones tengan la preeminencia en la nueva era.

En efecto, considero que la segunda razón de Huntington (la agudización de la conciencia de la propia identidad civilizatoria, debido a un mundo que se empequeñece), la cuarta (que esta conciencia crece como reacción al dominio de Occidente) y la sexta (que el regionalismo económico incrementa esa misma conciencia) son fenómenos propios de esta época que llevan a buscar refugio en una unidad más amplia.

En cuanto a la tercera razón (un debilitamiento del Estado-nación como fuente de identidad), creo que Huntington también tiene razón. Hay especialistas que opinan lo mismo y otros que siguen afirmando la primacía de los Estados.¹⁰

¹⁰ Rubenstein y Crocker están de acuerdo con Huntington. Véase su art. cit., p. 121. En contra, Fouad Ajami, “The Summoning ‘But They Said, We Will Not Harken’”, en *Foreign Affairs*, vol. 72, núm. 5, nov.-dic., 1993, p. 9.

En cuanto a los países no occidentales, en éstos parece haber una desilusión de lo que puede aportar el Estado-nación (una importación de Occidente) en términos concretos y reales respecto de los beneficios económicos, la libertad de expresión política y la defensa de los valores culturales y morales frente a la embestida secular y amoral de Occidente. Es por eso que se cuestiona no sólo la funcionalidad, sino la legitimidad misma del Estado-nación y la posibilidad de identificarse con él; de ahí la necesidad de buscar un sustituto del Estado que pueda cumplir esas funciones y satisfacer las necesidades básicas amenazadas real o supuestamente.

En Occidente se advierte la misma tendencia a la formación de bloques multinacionales, de ahí la unidad europea o el Tratado Norteamericano de Libre Comercio (NAFTA). No obstante esta tendencia internacional a la formación de bloques multinacionales, Huntington piensa que los Estados-nación continuarán desempeñando el papel más importante en los asuntos internacionales; sin embargo, hay un presupuesto que no queda suficientemente probado.

Fuera de la afirmación anterior, a Huntington se le ha criticado porque en su paradigma hay una ausencia casi total de las instituciones políticas. En particular, no queda suficientemente esclarecida la relación entre el Estado-nación y la civilización. ¿Cómo se va a llevar a cabo la conversión del Estado-nación en Estado-civilización, y qué seguridad existe de que eso suceda? Los bloques multinacionales que se están formando obedecen primordialmente a razones económicas, y aunque a veces se puede introducir el discurso civilizatorio, éste aparece más que nada como retórico. La idea de un califato panislámico no se ve como realista, aunque recientemente se le ha tratado de resucitar. No se vislumbra un Estado que pueda ser el centro de poder y de unidad de un bloque multinacional islámico. No se trata de negar la posibilidad, sino de cuestionar la probabilidad. Como posibilidad, no se puede excluir que grupos "islamistas" lleguen a tomar el poder en varios estados musulmanes, y que logren formar un bloque de cooperación entre ellos. Algo parecido es lo que intenta hacer Sudán con la creación de la Conferencia Internacional de Países Musulmanes y Árabes. Ya se sabe cuán poco éxito ha tenido este

intento. Dentro del bloque confuciano, China podría ser ese centro político, pero ese país primero debería dejar de ser comunista y en seguida convertirse a la civilización confuciana.

Sin un centro político militar fuerte, queda excluida una confrontación peligrosa con Occidente. Puede haber grupos terroristas y ataques suicidas contra instituciones occidentales, pero sin el apoyo institucional de un centro de poder, una gran confrontación se vuelve difícil. Lo que se está cuestionando es que se lleguen a formar centros de poder multinacionales bajo la égida de una civilización, esto es, un bloque multinacional, un superestado-civilización.

Pasando a otro tema, Huntington reconoce una grave amenaza a la civilización occidental que, de cumplirse, de paso echaría por tierra su paradigma. El poder occidental está declinando y ese proceso va acompañado y lo seguirá estando por un retroceso de la cultura occidental. ¿Es ésta una apreciación realista o pesimista?

En el apartado "America Undone?"¹¹ Huntington sentencia que las demandas de derechos especiales en favor de los grupos (minoritarios) y del multiculturalismo alientan un conflicto civilizatorio *dentro* de Estados Unidos y fomentan lo que Arthur M. Schlesinger, Jr., llama "the disuniting of America". Esta percepción de Huntington ha sido más ampliamente desarrollada por James Kurth, en su artículo "The Real Clash".¹² Para Kurth, el fenómeno del multiculturalismo en Estados Unidos, unido a un fenómeno que será su aliado y que es un producto de la era posmoderna, el llamado "movimiento feminista", son la antítesis de la civilización occidental y tratarán de "desconstruirla".

La percepción de Kurth va tal vez más allá que la de Huntington, pues él plantea que no son sólo las minorías étnico-culturales las que son enemigas de la civilización occidental, sino que cada vez más las élites políticas e intelectuales estadounidenses han dejado de considerar Estados Unidos como

¹¹ Samuel Huntington, "If No Civilizations...", pp. 189 y ss.

¹² James Kurth, "The Real Clash", *The National Interest*, núm. 37, otoño de 1994, pp. 3-15.

el líder, y ni siquiera lo ven como miembro de la civilización occidental. Para muchos de los miembros de esa élite, agrega Kurth, la civilización occidental ya no significa nada, y dentro del mundo académico se le considera una hegemonía represiva que debe ser desechada. Tanto políticos como académicos ven Estados Unidos como una sociedad multicultural, en pugna con la hegemonía occidental.

Para que la diversidad racial se convirtiera en ideología multicultural, y para que esta ideología fuera adoptada por buena parte de las élites políticas y académicas de Estados Unidos —y se tratara de llevarla a la práctica— fue necesaria la aparición de un grupo muy especial que, en realidad, más que un grupo es una mayoría: las mujeres. El número de mujeres que ha escalado puestos decisivos en la academia, la política o los medios de comunicación se incrementa cada vez más. A su vez, lo que posibilitó la aparición y la organización del movimiento feminista está muy relacionado con los grandes cambios que se han acelerado durante la década de los noventa.

Los cambios a los que se refiere Kurth, y que están íntimamente relacionados entre sí, son la transformación de la economía industrial en una economía posindustrial y la de la economía internacional en una global. Una de las mayores repercusiones de estos cambios se ha dado en el ámbito de los géneros, en concreto, han significado sacar a la mujer de su casa, llevarla a la oficina y ponerla a competir con el hombre en el mismo espacio por las mismas tareas. A consecuencia de este fenómeno se ha producido el resquebrajamiento de la familia nuclear y se ha incrementado enormemente el número de hijos de familias divididas y monoparentales que proliferan por las grandes ciudades americanas, y cuyo comportamiento no tiene nada que ver con la “civilización” o la civilidad, sino con la barbarie.

Por otra parte, la desindustrialización de los países más avanzados y la industrialización de los menos avanzados ha significado que los primeros se vuelvan menos modernos, o mejor posmodernos, y que los segundos se vuelvan más modernos. Para Kurth, volverse posmoderno es equivalente de volverse posoccidental, ya que lo posmoderno es el rechazo de lo moderno y lo posoccidental de lo occidental. La civiliza-

ción occidental se está convirtiendo en no occidental; una razón para ello es que se está convirtiendo en una civilización global, es decir, extraoccidental; sin embargo, la verdadera razón, y una razón fatal, es porque se ha convertido en posmoderna y, por lo tanto, en posoccidental.

Para Kurth, el choque civilizatorio no será entre Occidente y el Resto, sino entre Occidente y el pos-occidente *dentro* de Occidente mismo. Significativamente, las dos principales corrientes actuales en Estados Unidos, los liberales y los conservadores, han dejado de ser occidentales. El liberalismo se está convirtiendo en posmoderno y se autoidentifica con el multiculturalismo; es claramente posoccidental. Por su parte, los conservadores son los creyentes religiosos y se identifican con el cristianismo, por lo que Kurth los llama preoccidentales.

Kurth no aventura cuál será el resultado de este conflicto, ni cuáles serán las principales características de la civilización posoccidental. Quizá sea posible hacer alguna previsión. Una de las características fundamentales, si no la fundamental, de la civilización occidental es su secularismo. Es la única civilización que explícitamente excluye cualquier creencia religiosa, o sea, es la única civilización no religiosa, o mejor dicho, posreligiosa.

Por otra parte, el posmodernismo incluye el retorno a lo religioso al abrirle la puerta de la legitimidad al conocimiento no adquirido por medio de la ciencia, sino a través de otros canales de conocimiento, es decir, que acepta las religiones. Si, a su vez, uno está de acuerdo con Huntington en que la religión es central, o “la fuerza central” que motiva y moviliza a los seres humanos, se puede prever una influencia importante y benéfica del fenómeno religioso. Tendríamos, entonces, tres grandes tendencias para el futuro próximo: la globalizante, la multiculturalista y la religiosa. Las tres pueden tener aspectos que las oponen entre sí, pero también tienen algo en común: todas se oponen a la civilización occidental en su forma presente.

Entre estas tendencias, la oposición mayor se da entre el globalismo y el multiculturalismo (tesis-antítesis). La religión puede ser importante tanto para unir como para desunir. Si existe una buena y efectiva disposición en los responsables de dar satisfacción a las necesidades básicas del ser humano, la

religión puede hacer una contribución significativa para llegar a una síntesis armoniosa entre lo universal y lo particular. En tal caso, en lugar de un choque entre el posmodernismo y posoccidentalismo, puede ser la síntesis que permita encontrar la unidad en la diversidad.